

FILMS DE AMOR

ELLA Y EL HONOR



Núm.
81

25
CTS.

Ana Q. Nilsson - Francis X. Bushman

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO V

NÚM. 81

ELLA Y EL HONOR

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por los célebres artistas de la pantalla

Ana Q. Nilsson - Francis X. Bushman

por C. GOTARREDONA

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Valencia, 233 Barcelona

REPARTO

Helen Marsden ANA Q. NILSSON

Henry Desmond F. X. BUSHMAN

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

RONALD J. REAGAN

La Ley dice categóricamente: "Todo hombre es inocente mientras no se demuestre que es culpable".

En Nueva York, donde el hampa tiene su Corte y sus Leyes, se ha erigido en axioma el decir siguiente: "Todo hombre es inocente... si Henry Desmond no es su abogado defensor".

En efecto: Henry Desmond, el "Triunfador", no había sufrido más que una derrota en su vida. Y fué cuando Helen, su amiga de infancia y el amor de sus amores, se casó con Richard Marsden, camarada también de sus años infantiles.

Hallamos a Desmond en plena actuación, en la severa sala del Tribunal de Justicia. Doce hombres buenos, honrados y leales, se agitan nerviosamente en sus asientos: este

es el Jurado. Desmond se dirige a ellos con palabra cálida y acento persuasivo, para salvar de las garras de la ley al procesado.

El cliente de Henry Desmond se sienta en el banquillo. Ha asesinado; pero, ahora, oyendo a su defensor, hasta él mismo lo pone en duda.

—Suponed que fuera vuestro hijo ese desdichado que ante vosotros afronta la más infamante de las muertes—exclama el abogado al Jurado—. ¿No os sentiríais penetrados de piedad y de clemencia?

El Fiscal, defensor de una Justicia inexorable, para quien la muerte de un hombre es una victoria, se pone a temblar en cuanto Desmond recurre a los temas sentimentales, porque el abogado se pinto solo para conmover a los jurados.

Mas cuando Desmond, para enternecerlos más, les muestra una cartulina que representa el retrato de la madre del procesado, el Fiscal exclama, dirigiéndose a la presidencia:

—Protesto. Ese retrato no figuró en el sumario y su presentación en este momento es inoportuna.

El presidente asiente y ordena al defensor que se retire el retrato. Este se lo guarda y prosigue:

—Pensad que no lejos de aquí, una pobre y doliente viejecita, devorada por la pe-

na, espera ansiosa el retorno de su hijo bien amado...

Entre dos periodistas se entabla el siguiente diálogo:

—Fíjate, Es una cosa muy seria este Desmond. Es capaz de convencernos de que el tipo ese que está en el banquillo, es un niño de coro de la catedral.

—Sí, sí...—le contesta el otro—. Conozco a la doliente viajecita... tiene la talla de un tambor mayor, y la semana última puso "knock-out" a un guardia.

—Si se empeña en hacer llorar al Jurado —replica el que habló primero — tenemos inundación segura.

Es la víspera de Navidad y en los marcos de las ventanas penden las coronas que ese día señalan la celebración de la fiesta. Desmond coge una y dice:

—En vosotros, señores Jurados, está que esa corona sea depositada por la pobre vieja sobre la tumba de su hijo... o que el hijo la lleve a su casa, como un presente inestimable... ¡Vuestro regalo pascual a una madre venturosa!

El Fiscal se levanta y dice:

—Protesto de los procedimientos melodramáticos y sensibleros ejercidos por la defensa para mover el ánimo del jurado.

Uno de los dos periodistas que dialogaban, dice a su compañero:

—Apúntate una nueva victoria de Desmond. El gorila ese no se sienta en la silla eléctrica. Ni el Fiscal se sienta tampoco en la poltrona gubernamental.

Y, en efecto, el procesado fué absuelto. Y una vez más triunfó el axioma que había dado fama y un poder invulnerable al eminente abogado.

Si quiere Ud. aprender a bailar el

Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de publicarse. Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTTOM

Precio da cada método **25 céntimos**

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a
Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona

—Soy el criminal que soy, ¿sabrá el juez que se acuerda de mí? —El juez sonrió—. —No me importa que sea un criminal, pero no me importa que sea un criminal que sea inocente. —El juez se levantó y se dirigió a la puerta.

II

Media hora después de la causa, cuyos pormenores acabamos de seguir, el Fiscal se entrevistaba con Arnold Quinn, un jefe político que se había erigido en su protector, al objeto de elevarle a un cargo, para luego utilizar su poder para sus fines políticos.

Pero como el comportamiento del Fiscal no había sido muy brillante y con su actuación daba pocas pruebas de aptitud para ocupar otros cargos más elevados, en cuanto entró Quinn, le increpó con estas palabras:

—Recuerde que gracias a mí fué usted fiscal... Ahora todo su afán es ser gobernador de cualquier Estado, ¿no es eso?

El Fiscal asintió.

—Pues pocos méritos hace para ello. No se cansa usted de recibir palizones y ese no es el camino—exclamó Quinn.

—Es que Desmond no es un abogado: es un actor consumado. Yo estudié Leyes, no el arte dramático.—Replicó el Fiscal.



Todo hombre es inocente, si Henry Desmond es su defensor

—Sea lo que fuere, cada vez que le derrota a usted, me cubre a mí de ridicule. Si usted no tiene habilidad para poner fuerza de combate a ese sacamuelas, emplearé la fuerza...

Estas palabras excitan al Fiscal, el cual, dando un peñetazo sobre la mesa que se interpone entre ellos, exclama:

—Somos rivales en el foro, pero ha de saber, Quinn, que estimo a Desmond y que no permitiré que emplee usted contra él procedimientos violentos o desleales.

Diciendo esto, el Fiscal dió media vuelta y se fué.

Quinn quedó unos momentos pensativo. La respuesta del Fiscal le hizo pensar mucho; pero él tenía precisión de obscurecer la gloria de Desmond para hacer triunfar a uno de sus protegidos, y tenía que seguir a todo avento hasta aniquilarle.

Su odio contra el abogado no tenía un motivo explicable, pero la ambición, cuando es feroz, se ceba enteramente contra el que sea sin motivo alguno.

Poco después de salir el Fiscal, Quinn llamó a uno de sus incondicionales, llamado Duff, y le dijo:

—Duff: sigue desde este momento la pista a Desmond y haz un informe detallado de todo lo que haga.

Aquella noche, el abogado Desmond recibía en su casa una visita extraña: la del procesado que había salvado del sillón eléctrico.

—Vengo a darle las gracias... — dijo el procesado —, y, al mismo tiempo, a pedirle si me podría recomendar algún sitio para que me diesen trabajo.

—¿Quiere quedarse a mi servicio? — propuso Desmond.

—No iba a querer? ¿Qué más podía él ambicionar, que servir *honradamente* al hombre que le había salvado de la muerte?

Desmond llamó a su ama de llaves y le dijo:

—Este hombre se queda en casa. Trátale bien. Ha estado tan cerca de la silla eléctrica como lo estuvisteis vosotros hace un año.

El abogado tenía a su servicio a dos ex delincuentes salvados por él. Ambos le querían extrañablemente y se hubieran dejado ahorrar por gusto, con tal de salvar a su protector. Desmond lo sabía y les trataba cariñosamente.

Cuando estuvo preparado para marchar a casa del matrimonio Marsden, con el que estaba invitado a cenar, les entregó a cada uno un regalo, y les dijo:

—Os deseo a los tres muy felices Pascuas.

Segundos después, Desmond abandonaba su casa, y el ama de llaves decía:

—Si no fuera por Henry Desmond, no celebraríamos hoy, ninguno de los tres, Nochebuena.

III

Desmond fué a pie a casa de sus amigos, pues vivían cerca. Tras él iba espiando Duff, el sabueso de Quinn, procurando no ser visto. Cuando el abogado llamó a la casa de sus amigos, su perseguidor escurrió el bullo y se quedó apostado tras unos matorrales, precisamente enfrente de la ventana del salón de los Marsden.

Helen Marsden, una mujer bellísima, cuyas maneras, distinción y hermosura justificaban el amor que había sentido Desmond en su juventud, le acogió cordialmente.

Desde que Helen se había casado con su amigo Marsden, el abogado se prometió guardar su amor, oculto en el tondo de su corazón. El hecho de que Helen se casara con su amigo, se justificaba en que éste se había declarado a ella primero. Desmond la había amado platónicamente, sin darle jamás a entender su pasión, y en vez de declararse un rival de su amigo, prefirió sacrificarse.

—¡Felices Pascuas, Helen! — dijo Desmond al entrar, mostrando en alto el regalo que traía para ella: un pequeño estuche que Helen se apresuró a abrir—. ¡Siempre fuistes tan impaciente, Helen! No has cambiado nada—añadió el abogado.

Helen estuvo contentísima con el obsequio. Se trataba de una joya de gran valor, un magnífico recuerdo.

A su vez, Helen condujo a su amigo hasta el pie del Noel, preparado en medio de la sala, frente a la ventana y descolgó el regalo que tenían reservado a su amigo.

Como se ha dicho, estaba frente a la ventana. Al recibir el regalo, Desmond cogió a Helen por ambas manos y la besó cariñosamente en la frente. Era un beso puro, sancionado por la amistad de toda la vida.

El espía de Quinn, vió la escena a través de los visillos y tomó nota de todo, anotando en su agenda: "Vi a Desmond besando a la mujer de Marsden."

Poco después llegó el esposo de Helen, y los tres fueron a cenar, como habían convenido, a un restaurante de lujo: el Club de Medianoche, lugar ideal para pasar la Nochebuena.

La cena transcurrió animadamente. Sólo una cosa enturbió la alegría del abogado y fué la presencia en una mesa contigua, del político Quinn, por el que sentía una pro-

funda aversión. Durante la cena, Quinn se atrevió varias veces a mirarle con cierta insolencia, lo que molestó doblemente a Desmond.

Después de los postres, todos brindaron para que el próximo año pudieran verse reunidos de nuevo, y Richard, el marido de Helen, besó a ésta.

—Envidio a Dick... porque puede besarte así—dijo Desmond en tono galante, en momento en que Richard se levantó para hablar con unos amigos, entre los que se encontraba Quinn.

—Tienes que ser juicioso, Henry...—replicó Helen—. Tienes que ser juicioso y prometernos que empezarás el año con un buen propósito: el de formar un hogar y hallar en él la felicidad que tanto mereces.

En tanto, Quinn, que ya había recibido las confidencias de su espía, aprovechó la primera oportunidad para decir a Richard, delante de todos, con un tonillo insidioso:

—Su mujer y su amigo se entienden a maravillas. Por lo demás, forman una pareja encantadora...

Richard avanzó un paso y cogió a Quinn por la solapa.

—¡Basta de insinuaciones, Quinn. Formule claramente su pensamiento!—exclamó con la cólera retratada en el semblante.



—¡Han detenido a Dick!

Los amigos se apresuraron a intervenir; pero Quinn les contuvo con un gesto.

—Quiero decir, amigo mío, que por mucho menos que esto se divorcia aquí la gente.

La cólera se apoderó de Richard y rápido como una flecha, antes de que nadie pudiera evitarlo, dió un fuerte bofetón a Quinn.

—¡Repite eso, canalla!—exclamó fuera de

sí, al tiempo que los que habían presenciado el incidente trataban de contenerle.

—¡Pregúnteselo a Marsden... está enterado—exclamaba Quinn.

—¡Infame! ¡Sería capaz de matarte!—gritó Richard.

No pasó más porque la gente se llevó a Quinn. Segundos después, Helen, su marido, y el abogado, abandonaban también el club y cada cual marchaba hacia su casa.

Desmond llegó a la suya profundamente preocupado. ¿Qué había dado a entender Quinn al decir que él, Desmond, estaba enterado? Marsden no había querido darle explicaciones sobre la verdadera causa que determinó la agresión, y la justificó con motivos pueriles. Desmond se acostó con el propósito de ir al día siguiente a pedir, a exigir, si fuera preciso, explicaciones a Quinn. Pero momentos después de acostarse, sonó el timbre del teléfono y él mismo fué al aparato.

—Henry, estoy muy inquieta — dijo una voz que en seguida reconoció por ser la de Helen—. Hace un momento me desperté y había desaparecido...

—Quién ha desaparecido? — preguntó Desmond.

—Mi marido. No comprendo por qué se ha marchado... No ha dejado nada escrito...

—No te alarmes, Helen. Vuelve a acostarte... yo me encargo de encontrar a Dick y hacer que vuelva a tu lado.

IV

Al día siguiente, los periódicos publicaban con grandes titulares en la primera página, la sensacional noticia: "Quinn ha sido asesinado en un jardín público.

La policía empezó sus pesquisas. Se enteró de la discusión que habían sostenido Quinn y Marsden la noche antes. Después se supo que Marsden, horas después de haber abandonado el restaurante con su mujer y su amigo, regresó solo y estuvo preguntando por Quinn. Fueron a buscar al supuesto autor del crimen a su casa. No solamente no estaba, sino que les dijeron que toda la noche la había pasado fuera. A primeras horas de la mañana le detuvieron en el momento en que iba a entrar a su casa, todavía con el traje de etiqueta puesto.

Marsden negó enérgicamente todas las imputaciones que la policía le hacía. En vista de esto, le sometieron a un largo interrogatorio; pero sus respuestas eran todas iguales:

—¡Yo no he sido! ¡Os juro que yo no he sido!

—Sí, tienes razón—le replicó uno de los policías—. Quinn se pegó un tiro, y luego, amablemente se murió, para que te echemos a ti la culpa...

En tanto, otro hombre, encerrado en su despacho, sentíase atormentado por los gritos de su conciencia: este era Desmond.

Desmond había salido la noche antes en busca de su amigo, cuando al atravesar la plaza en que fué hallado ell cadáver de Quinn, tropezó con éste. Le detuvo.

—¿Ha visto usted al señor Marsden?—le preguntó.

—No. Y ha sido una suerte para él—replicó Quinn, y añadió con sorna—: Oigame, Desmond, un consejo. Cuando vaya a ver a la mujer de Marsden, baje los visillos.

Desmond se le echó encima como una fiera. Ante la acometida, Quinn reculó unos pasos y echó mano al bolsillo, sacando una pistola. Desmond le agarró por la muñeca y ambos forcejaron breves instantes. De

pronto sonó un disparo y Quinn cayó en tierra con el corazón atravesado por un balaizo.

La muerte se la dió el propio Quinn; pero Desmond, al dárse cuenta de la magnitud de la desgracia, huyó... huyó, temeroso de verse acusado como asesino de Quinn.

Ahora, al saber que su amigo había sido encarcelado, y sabiendo que todas las pruebas estaban en contra de él, considerábale salvado... El más feroz egoísmo le aconsejaba callar. Su amigo sería procesado; él sería su defensor y lo sacaría libre... La mancha caería sobre el nombre de Marsden y él seguiría siendo el honrado abogado Desmond...

Precisamente, nadie le había visto salir ni entrar en su casa. A nadie se le ocurriría sospechar de él... Al regresar a su casa se había apercibido de que uno de sus guantes estaba manchado de sangre y se apresuró a guardarlo en su caja de caudales; también guardó en ella un trozo de la cadena del reloj de Quinn que se le había quedado entredada en un botón del abrigo.

Creía él que nadie le había visto entrar; pero uno de sus criados se dió cuenta de su llegada, y espió todos sus movimientos.

Era ya media mañana y aun se hallaba en su despacho, con ambas manos apoyadas en

la frente. Una voz interior le decía: "¡Confiesa! ¡Confiesa!".

Se levantó resueltamente y llamó por teléfono al Fiscal.

—Creo poder ayudarle en el proceso Quinn —le dijo.

—Mucho se lo agradecería, Desmond. Ahora le mandaré a un agente para que recoja sus declaraciones—respondió el representante de la ley.

Cuando Desmond se disponía a hacer una declaración por escrito, se presentó Helen, que se arrojó en sus brazos, murmurando:

—Quinn ha sido asesinado. ¡Y han detenido a Dick!

—Sí, mi pobre Helen... Acabo de leerlo en los periódicos.

—Vengo de la cárcel de verlo... Lo que le sostiene y da fuerza es la idea de que tú le defenderás y le sacarás del terrible trance en que se encuentra.

—Eso, Helen, es imposible! — exclamó Desmond.

—Cómo! ¿Vas a abandonarle, tú, su mejor amigo?

—Dentro de una hora sabrás, Helen, por qué no puedo yo defender a tu marido.

Helen no se dió por satisfecha e insistió:

—Has defendido y salvado de la muerte a centenares de hombres culpables — dijo—. ¡Y te niegas a defender a un hombre inocente!



—...no le ocurrirá nada al hombre que amas!

te... al amigo de toda la vida!... ¡Jamás perdiste una sola causa, jamás!

La voz de la conciencia le decía ahora a Desmond: "¿Por qué confesar? ¡Nunca sabrán la verdad! ¡No confeses!".

Poco después llegó el agente anunciado por el fiscal, solicitando las declaraciones que tenía que darle.

—Me es imposible ya darle esas declaraciones—contestó el abogado, acabo de hacerme cargo de la defensa.

Helen se apresuró a marchar para comunicar la buena noticia a su marido.

En tanto, Desmond había vuelto a sumergirse en sus meditaciones y dialogaba consigo mismo: “¡Tú la amas! ¡Nada te impide hacerla tuya! ¡El amor y la felicidad están en tu mano! ¿Por qué vacilar?”.

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas
Escríba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Ap rt.^o 707 Barcelona

V

Llegó el día de la sensacional vista de la causa. Como los protagonistas del suceso eran gente harto conocida, la sala rebosaba de público.

Desmond ocupaba la tribuna del defensor y el Fiscal, su rival, ocupó su escaño. Ambos se dispusieron a entablar una lucha titánica: el uno para arrastrar al procesado al patíbulo, y el otro, para rescatarlo de las garras de la ley.

La primera parte del proceso se desarrolló en un sentido netamente desfavorable para Marsden. El fiscal había tenido bastante habilidad para hacer que las declaraciones fueran en contra del procesado.

Este confiaba enteramente en su defensor. Helen no había podido resistir el martirio de presenciar el desenvolvimiento de los sucesos y se hallaba en una sala inmediata, sumida en la mayor angustia.

Aprovechando un momento de descanso, Desmond fué a consolarla y darle ánimos.

—Tú me quieres, Henry—dijo ella.

—Dios me perdone, Helen, pero te he querido toda mi vida y te querré eternamente.

—Y yo también te quiero, Henry... porque sé que eres *tu* amigo de verdad y mi amigo...

En esto vino un funcionario y dijo que el Jurado estaba deliberando. Desmond se dispuso a marchar. Helen, dijo:

—No puedo remediarlo, Henry, pero tengo un miedo terrible...

—Que todos tus miedos y temores se disipen, Helen. Yo te juro que no le ocurrirá nada al hombre a quien amas.

Se reanudó la vista. El secretario del Jurado leyó, en medio de un silencio sepulcral, un veredicto condenatorio. Sus últimas palabras fueron estas:

—“En nuestra conciencia juzgamos al acusado culpable de asesinato, con las máximas agravantes.”

—¡Alto!—exclamó Desmond, en medio de la general expectación—. Anúlese el veredicto. Quinn murió por mi mano... Obrando yo en legítima defensa. Oídlo bien: No fué la mano de Marsden, fué mi mano, ¡mi mano! ¿Entendéis bien? Fué mi mano la que hizo aquel disparo fatal.

Desmond calló. Después de una breve pausa, en la que tuvo ocasión de apreciar el

negro anillo que su abogado le había regalado.



—¡Listo no salió aquella noche de casa!

efecto inesperado que sus palabras habían producido, continuó:

—Y me acuso también, señores, de una conspiración secreta contra mi mejor amigo... ¡Una de esas conspiraciones terribles, que sólo Dios puede castigar o perdonar! Año tras año me he mofado de la ley, engañando a los Jurados, corrompiendo a los testigos, convirtiendo en un tablado de Arlequín el templo sagrado de la Justicia... Y ahora, cuando me es dado defender, por primera vez en mi vida, a un inocente, fracaso lastimosamente!

Después rebatió todas las pruebas de la acusación y añadió:

—¿Por qué no se pudo hallar los guantes manchados de sangre y el resto de la cadena rota? Sencillamente: ¡porque se hallan en mi poder!

Esta afirmación causó sensación. Unos le tomaron por loco; el mismo fiscal lo calificó como una hábil estratagema. Antes semejantes declaraciones, el presidente, dijo:

—Acuerdo una suspensión, mientras el fiscal investiga el caso.

VI

Desmond fué a su casa acompañado del fiscal y algunos agentes de policía. Cuando fué abierta el arca de caudales para sacar las pruebas, se encontró con que se las habían robado. En seguida Desmond sospechó de sus criados. Entonces les llamó y les dijo:

—Comprendo, amigos míos vuestra conducta. Me habéis robado las piezas de convicción para salvarme... Os conjuro, amigos míos: decidles la verdad... Contadles cómo salí de mi casa a las tres de la mañana, para volver a las cinco.

—¡Usted no salió aquella noche de casa!
—dijo el ama de llaves.

—Usted no salió aquella noche de casa...
—repitieron los criados.

Desmond se desesperaba. Por más que pedía la verdad, sus propios criados mentían deliberadamente. ¡Cuánto daño le hacía el

bien que querían hacerle; El fiscal y los agentes empezaron a dudar. La cosa se presentaba clara: aquello no era más que una burda estratagema...

Transcurrieron varios días... Una mañana, Desmond llamó a sus servidores y les dijo que iba a salir de viaje, ordenando que preparasen su equipaje. A media mañana se presentó Helen.

—Henry, querido, apresúrate que vamos a perder el vapor—dijo.

—Lo mismo podemos estar fuera un mes que seis meses—dijo el abogado a sus criados—La señora y yo estaremos fuera mientras se tramita su petición de divorcio y a nuestro regreso nos casaremos...

Cuando estuvo todo preparado, Desmond hizo salir a Helen y cuando estuvo solo con sus criados, les dijo:

—Si queréis que esté completamente tranquilo, cuando me halle fuera, tenéis que prometerme que destruiréis al instante aquellas piezas de convicción, ¿sabéis?

El ama de llaves hizo un gesto ambiguo.

—No sabemos de qué nos habla usted.

—No entendemos una palabra de eso —aseveró uno de los criados.

Desmond les contempló en silencio breves instantes. Los rostros de sus criados aparecían serenos, no trascendía en ellos la falsedad, pero Desmond atribuyó ese estado a

la seguridad que ellos tenían de que hacían un bien.

Avanzó unos pasos hasta colocarse frente a frente del ama de llaves. Ella parecía una esfinge; sus finos labios, apretados, se movían casi imperceptiblemente, por una convulsión nerviosa. Sin dejar de mirarla, el abogado exclamó:

—¡Sí que lo sabéis, lo sabéis todo! ¡Sabéis que yo fué el que mató a aquel desventurado! ¡Sabéis que un inocente está en presidio purgando el delito! —pero al darse cuenta de que se estaba comprometiendo, se detuvo y después de una breve pausa, prosiguió, llevándose la mano a la frente, como para apartarse un mal pensamiento—: Usted que es una mujer comprenderá más fácilmente que esos seres insensibles, que yo necesito no dejar tras de mí ninguna huella... Helen y yo vamos a salir con un objeto determinado para emprender un largo viaje, y ese objeto es buscar el olvido y la paz donde ocultar nuestra pasión...

Sin pestañear siquiera, sin mover un solo músculo de su rostro, el ama de llaves, prestaba atención a lo que decía el abogado. Este prosiguió:

—Es preciso que tras nosotros no quede ninguna huella de aquello... Deseo que los fantasmas del pasado no vengan a nublar nuestra felicidad. Ya ve usted que es una as-

piración muy legítima. Yo no podré tener esta seguridad, mientras no hayan desaparecido esas pruebas. Sé cuanto me queréis todos vosotros. No me cabe ninguna duda que por mí seríais capaz de todo. Pero las cosas pueden variar de un día a otro, y ¿quién os dice que el lida de mañana no podréis ser vosotros los que me acuséis?

—No; eso no—exclamaron los tres a un tiempo.

—Se han dado muchos casos... La vida nos reserva muchas sorpresas de esta clase... Por eso, quiero tener la seguridad de que esas pruebas desaparezcan, es decir: primero quiero saber que vosotros las poseéis, y después deseo que me prometáis destruirlas.

Los tres criados se interrogaron con la mirada. Ellos asintieron, dando tácitamente la conformidad a cuanto el ama de llaves tuviese por conveniente hacer, y ésta dijo:

—Pues bien, s, tenemos esas pruebas. La misma noche en que ocurrió aquel suceso, nos apoderamos de ellas, y las tenemos bien guardadas.. Esperamos que comprenderéis que solamente nos anima el gran cariño que os profesamos... Nos hicimos cargo del peligro que para vos representaba poseer los objetos delatores, y quisimos impedíroslo.

Desmond no pudo evitar una sonrisa de satisfacción; la causa ganada. Los criados, creyendo que aquella sonrisa provenía de las



...recibieron un telegrama de Desmond

palabras que acababa de pronunciar el ama de llaves, no suspecharon nada.

—Gracias a todos... — dijo Desmond—. Ni por un momento he dudado que vuestro noble gesto estuvo inspirado en un buen fin. Ahora acabáis de darme la mejor prueba de confianza que podía exigiros. Así me gusta. Tengo la seguridad de que vais a seguir mis

instrucciones al pie de la letra, sin saliros de ellas un solo punto.

Ellos movieron la cabeza, haciendo un gesto afirmativo.

—Pues bien: ahora deseo lo que os pedí antes, es a saber: que en cuanto me halle fuera, habréis de destruir esos objetos. ¿Me lo prometéis?

Ellos dijeron que si. Desmond se despidió; pero cuando iba a salir se volvió y dijo:

—Perdonadme, pero no puedo remediarlo. Estaré más tranquilo cuando vea por mis propios ojos cómo se convierten en cenizas esos objetos.

El ama de llaves fué a por ellos. Minutos después volvía con un paquete, que entregó a Desmond confiadamente.

—¿Estáis seguros de que todo está ahí? — preguntó.

El ama de llaves asintió, y antes de que pudieran darse cuenta, los tres criados, vieron aparecer por la puerta al fiscal y los agentes. El abogado entregó a aquél el envoltorio, y dijio con amarga ironía:

—Lo ve usted, señor Fiscal? ¡No he perdido una causa en mi vida!

—Lo siento por usted, Desmond — replicó el aludido.

En esto apareció Helen y se arrojó en brazos de Desmond, susitándole al oído:

—Te quiero, Henry; porque sé que eres *su amigo de verdad y mi amigo*.

En aquel momento de dolor, las palabras le fueron un consuelo. Desmond se separó de sus fieles criados a quienes ordenó que durante su ausencia no abandonasen su casa, y después se entregó a la policía.

Dos meses después, cuando el matrimonio Marsden hallábase a muchas leguas de Nueva York, en un plácido rincón que les brindaba el descanso para cicatrizar sus heridas, leyeron en la prensa la siguiente noticia:

“DESMOND ES ABSUELTO DEL ASESINATO DE QUINN”

El Jurado absuelve al famoso abogado, cuya sensacional confesión salvó a su amigo de la silla eléctrica.”

Y, poco después, recibieron un telegrama de Desmond, en el que les decía:

“Estoy absuelto. Tengo la seguridad de que me habréis perdonado.

Henry.”

FIN

LECTURA PARA TODOS

4 NOVELAS
TITULOS EXITOS !!

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERD

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALAN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

PRECIO:
25 cts. ILUSTRADA A TODO COLOR
12 PAGINAS DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

.....
Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

3€
500ptas

LECTURA PARA TODOS

**4 NOVELAS
TITULOS EXITOS !!**

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALAN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

PORTADA A TODO COLOR
2 PAGINAS DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos numeros sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona